



**e mujeres, hombres
y barrios está hecha la ciudad:
La diversidad como camino
a la construcción social**

**The City is Made out of Women,
Men and Neighborhoods:
Diversity as a Way to Social Construction**

*Hernán Darío Gil Alzate**

Recibido el 19 de noviembre de 2009

Aprobado el 15 de Octubre de 2010

* Filósofo de la Universidad Pontificia Bolivariana. Antropólogo por la Universidad de Antioquia. Candidato a Doctor en Filosofía por la Universidad Pontificia Bolivariana. Profesor Corporación Universitaria Remington. Medellín - Colombia.
Correo electrónico herdaga@gmail.com .



Resumen

El presente texto expone la metodología utilizada por la Antropología en el trabajo de campo a partir de la lectura que se puede hacer de los fenómenos socio-culturales en comunidades. Así se pretende mostrar que la investigación logra adentrarse en los espacios de ciudad, barrio y casa como elementos estructurantes de un individuo que fortalece sus relaciones con “otros que lo acompañan” en el quehacer humano. La esencia biológica del ser se une a la forma comportamental de los individuos en una sociedad y en las unidades más íntimas de la relación de seres corporales pero también sociales. El proceso de hominización y de humanización se plasma en la vida cultural. Un sujeto que se lee a sí mismo se hace visible en la comprensión de su entorno cultural.

Palabras clave: Antropología Cultural, Etnografía, Biología, Sociedad y Cultura, Espacio Vital.

Abstract

This paper shows the methodology used by Anthropology in the field work, from the interpretation that can be made of socio-cultural phenomena in different communities. We intend to show that research does go into the spaces of the city, the neighborhood and the house, as structural elements of the individual that strengthen his relationships with others who assist him in human affairs. The behavior of individuals in a society and on the most intimate relationship of corporeal beings, but also social beings, adds to the biological essence of being human. The process of hominization and humanization is reflected in cultural life. A subject that reads himself is visible in the understanding of his cultural environment.

Key words: Cultural Anthropology, Ethnography, Biology, Society and Culture, Vital Space.



La Antropología se ha transformado en una ciencia del hombre y como tal busca a hombres y mujeres en los espacios en los cuales se encuentran. Cuando los halla intenta hacer una observación participante, es decir se involucra en cada actividad de los seres humanos para leer en cada uno

de sus actos lo que en verdad se está realizando. Podemos afirmar que nada, absolutamente nada de lo que los hombres realizan lo hacen en el vacío. Son la Antropología y el ojo e intelecto del antropólogo los que descubren que detrás de cada acto que realizan los humanos hay un sustrato de cultura que se puede hacer visible. Es aquí donde la Antropología descubre matrices de desarrollo cultural a partir del estudio comparativo de la humanidad;

Sus objetivos son descubrir, analizar y explicar tanto las similitudes como las diferencias entre los grupos humanos. Los antropólogos están más interesados en las características que son típicas o compartidas en una población humana particular, que en mostrar lo que es anormal o individualmente único. En el estudio de la variación humana, los antropólogos ponen énfasis en las diferencias entre los grupos humanos, más bien que en las diferencias entre los individuos de tales grupos. Los grupos tradicionalmente estudiados por los antropólogos son llamados sociedades (Nanda, 1996, p.4).

Vamos a enfocar nuestro trabajo en una sociedad que se desarrolla en un medio que llamamos ciudad. Una sociedad es un grupo de individuos que para nuestro caso denominaremos personas, las cuales dependen unas de otras para realizar los actos de convivencia, supervivencia, tradición, economía, ritual y que como consecuencia de ello logran un bienestar, así adquieren una cierta forma de vida.

Pero ya sea que la unidad de estudio sea una sociedad particular, un grupo dentro de la sociedad o una población humana, los antropólogos atienden lo que es típico de ese grupo y cómo o de qué manera ese grupo difiere de los demás. Sólo mediante un estudio de la humanidad, en toda su variedad, podremos entender los orígenes y desarrollo de nuestra especie (p. 4).

La Antropología hace análisis tanto de sociedades antiguas como de sociedades modernas. Es por esto que nuestro interés radica también en poder aprender en los espacios modernos que caminamos a diario, y en los cuales realizamos nuestro día a día. De igual forma tenemos que poseer en esta lectura una perspectiva transcultural única que nos permita comparar constantemente. Es fundamental que nos podamos comparar con las vivencias y las formas de actuar de los otros, esto nos proporciona el reconocimiento del “otro y de nosotros”, lo que somos y lo que construimos. Es por esto que existen formas normales de pensar, ser y actuar diferentes a las nuestras.

Esencia y forma o biología y cultura

Se nos ha dicho desde la aparición misma de la Antropología como ciencia que los antropólogos estudian al hombre como especie desde sus orígenes, hace varios millones de años, hasta el momento presente. Lo que en realidad llama la atención de los antropólogos es que estudian a los seres humanos tal y como viven en cualquier lugar de la Tierra y en toda clase de ambientes físicos. Y es aquí donde el estudio de ese hombre en sociedad, viviendo en una ciudad y tejiendo redes de comunidad, se convierte en un “objeto” real de estudio y análisis. Los antropólogos al descubrir la idea occidental del “Homo economicus” ven a un individuo motivado racionalmente por las ganancias y el interés propio, como el resultado del particular sistema político y socioeconómico en que vivimos (Mead, 2006). En Antropología, más que en cualquier otra disciplina, los conceptos de naturaleza humana y las teorías de la conducta están basados en estudios de grupos étnicos cuyos valores, metas, visiones de la realidad y adaptaciones ambientales se pueden rastrear en sus manifestaciones culturales.

Es así que cuando nos planteamos el proceso de comparación constante de culturas, nos tenemos que enfrentar a intentos que nos permitan explicar la variación. ¿Por qué aquello que creíamos diferente en una cultura termina convirtiéndose en lo mismo para todas las culturas, es decir, la esencia y la variación radica en la forma como aparece? En esencia los hombres son iguales, lo que cambia o lo que varía en ellos es la forma como hacen visible la esencia. Por ejemplo, cuando nos acercamos a las grandes religiones del mundo podríamos decir que la concepción de Dios en todas las culturas sigue el mismo rumbo, para todas estas culturas Dios es indefinible y sólo se atribuyen a Él los universales absolutos. Pero cuando nos acercamos a los “mecanismos” religiosos para llegar a este dios descubrimos una gran variación que podemos llamar la forma. Lo mismo podríamos hacer con el análisis de los ritos de paso, de los sistemas simbólicos de la comida o con el acto de vestir una prenda o con el hecho de vivir en un pueblo o una ciudad.

Los antropólogos combinan el estudio de la biología humana y los patrones aprendidos y compartidos de la conducta humana que logramos descubrir y que llamamos cultura. Otras disciplinas académicas se enfocan en un solo factor: Biología, Psicología, Fisiología, Sociología, etc., para explicar la conducta humana. La Antropología busca entender a los seres humanos como

organismos totales que se adaptan a sus ambientes a través de una compleja interacción entre biología y cultura. Una interacción entre esencia y forma.

El interés del antropólogo radica en estudiar de manera holística al hombre, es decir, en el todo de su experiencia humana, buscar aquello que se oculta a nuestra simple visión del constructo total del hombre. Surge así la famosa discusión entre el todo y la parte. ¿Es en realidad capaz la Antropología como ciencia de estudiar el todo del ser humano? O ¿será esta una falsa y es-truendosa pretensión de la Antropología? Fundamentalmente la Antropología logra leer partes del hombre que explican el todo de su cultura. El pedazo de torta no es la torta completa, pero desde el pedazo puedo explicar la esencia del todo de la torta, como desde la torta como un todo puedo explicar la forma de obtener un pedazo y su esencia. O como se dijera ya desde los antiguos, lo micro explica lo macro y lo macro puede explicar lo micro. De igual forma en la Antropología física y desde la Biología aprendimos que la ontogenia recapitula la filogenia y viceversa. La primera explica el desarrollo de un individuo y la segunda explica la formación y desarrollo de la especie. Desde el individuo se puede explicar la especie o desde la especie se puede explicar el individuo.

Los antropólogos,

Estudian tanto los pequeños aspectos de la vida diaria como los eventos dramáticos. Estudian las maneras en que las madres sostienen a sus bebés, o cómo se dirigen los hijos a los padres. Desean saber no sólo cómo un grupo consigue su comida, sino las reglas para comerla. Los antropólogos están interesados en lo que piensan las sociedades humanas sobre el tiempo y el espacio; cómo ven los colores y cómo los nombran. Se interesan en la salud, en la enfermedad, en el cuerpo humano y en el significado cultural de la variación física. Los antropólogos están interesados en el sexo, el matrimonio, el nacimiento y la muerte. Se interesan en el folklore y los cuentos de hadas, en los discursos políticos y en la conversación cotidiana. Para el antropólogo, las grandes ceremonias y los rituales ordinarios para saludar a un amigo son dignos de ser investigados. Cuando están fuera de su contexto, algunas de las cosas que estudia el antropólogo pueden parecer extrañas o tontas, pero cada aspecto de la conducta humana es significativo como parte del intento de entender la vida humana y la sociedad (Nanda, 1996, p. 5).

Desde la Antropología el mundo que creamos se hace significativo y digno de una interpretación. El mundo que ya está puesto allí para nosotros

posee una esencia que se manifiesta en la forma, es obligación nuestra ingresar al reconocimiento de lo significativo en nuestros grupos humanos y comprender eso que se “vuelve hoja de ruta simbólica de una cultura”.

Una antropología rumbo a la especialización

Los primeros relatos de viaje que conocimos de los ingleses y de los mismos españoles tienen una singular versión de aquellos hombres que hallaron en el camino. Son hombres “exóticos”, es decir aquellos extraños a nosotros. Tanto ingleses como españoles no van a reconocer a aquellos “otros” como iguales. Ambos acuñarán y utilizarán conceptos que les permitirán definir a los nuevos habitantes de un mundo que no son como ellos. Los ingleses utilizarán el concepto de raza para poder dividir a los hombres en superiores e inferiores y los españoles hablarán de homúnculos, como una especie de duendecillos, de esos que pretendían fabricar los brujos de la Edad Media y que por lo tanto serán en Las Indias hombres sin alma. Desde este momento existirán hombres sin alma y hombres con alma. Adivinen ustedes dónde se colocaron los ingleses y los españoles.

Los conceptos van entonces a formar parte de las estructuras de poder. Por eso un estudio minucioso del lenguaje nos podrá colocar frente a una de las armas de “conquista del mundo” que el hombre obtuvo, estructuró y manejó a la perfección. A partir del lenguaje el hombre construye mundo. El concepto crea una realidad, no importa cuál sea.

Nos construimos una imagen tal de nuestra existencia que terminamos por hacer de ese carácter fantasmagórico y espectral el argumento contundente para inventar “la” naturaleza humana que le sirve de modelo; mejor dicho para eliminar en dicha imagen su presencia fundadora como artificio y en su lugar erigir la ilusión de una interioridad que nos constituirá como humanos. No en vano la búsqueda afanosa de esa imagen perfecta y fiel culmina la mayoría de las veces con un encuentro que desconcierta al hacer de la vida misma un “fantasma” [...] Experiencia similar acontece con el lenguaje -región por lo demás privilegiada en la construcción de nuestra condición humana- cuando al quererlo apresar en las formas evidentes y recurrentes de su funcionamiento, no deja más que rastros borrosos de su huella positiva y positivista y de su función comunicacional, en torno a las cuales hemos querido comprenderlo como un buen instrumento “útil a la mano” para el trato con los otros, con las cosas y con nosotros mismos (Montoya, 2003, p. 17).

La Antropología lingüística es una subespecialidad de la Antropología cultural relacionada con el lenguaje, el cual forma parte de la cultura. Los antropólogos lingüistas estudian la variación lingüística, las formas en que las lenguas humanas se han desarrollado, las formas en que están relacionadas unas a otras, cómo es aprendido el lenguaje, y las relaciones entre el lenguaje y otros aspectos de la cultura. Otro objetivo de la Antropología lingüística es, por último, entender el proceso del pensamiento y la organización de la mente humana como es expresada en el lenguaje (Nanda, 1996, p. 7).

Aparece ante nosotros un análisis de nuestra forma de hablar como la posibilidad de creación de mundo y aquí la Antropología entra con la Etnolingüística a rastrear cada uno de los aspectos que construimos entre la palabra y el mundo. Y con la aparición de los conceptos, los hombres caminarán rumbo a la cultura.

Nos toca ahora saber que surge una antropología cultural encargada de estudiar la conducta humana. Rastrear una conducta que es aprendida, en lugar de aquella que es transmitida genéticamente. A estas formas aprendidas y compartidas de conducta humana, incluyendo los resultados materiales de ella como el arte y la creación de artefactos y tecnología, es a lo que llamamos cultura. Es decir aquí el análisis se convierte en la observación y meditación reflexiva del universo de creaciones del hombre. La cultura es un mecanismo de adaptación de los seres humanos a los ambientes del mundo, de su cosmos.

Los antropólogos culturales pretenden entender la cultura siguiendo una matriz de desarrollo: estudiar los orígenes de nuestra especie, rastrear su desarrollo en el tiempo y en lugares específicos, contrastar la diversidad de grupos y de concepciones de “mundo”, analizar y ver en el futuro, el desarrollo de las sociedades y poder hacer visible, desde la observación de estos “mundos” los cambios a través del tiempo en los grupos humanos.

Desde la Antropología social y cultural también queremos saber sobre la transmisión a través de la enseñanza y el aprendizaje. Aquí ingresamos al mundo de la enseñanza, y no tanto de la enseñanza de educabilidad, sino de aquella que abre las puertas a la cultura y a su ingreso a ella.

Develar la relación de la cultura y de toda su estructura con el *homo sapiens* como especie biológica, será la parte fundante de esta Antropología y de su discurso.



Los antropólogos culturales también se interesan en las culturas particulares: desean saber cómo las diferentes sociedades se adaptan a sus ambientes. En su perspectiva comparativa, la Antropología cultural intenta descubrir lo que es específico y variable así como lo general y uniforme en la conducta humana. Los antropólogos culturales se plantean preguntas como estas: ¿es la religión universal? ¿Qué tipos de estructuras familiares se encuentran en diferentes sociedades? También se interesan en las relaciones entre diferentes subsistemas de una cultura, en particular su relación de causa y efecto en el cambio cultural. La meta de la Antropología cultural es entender cómo funciona el cambio cultural y así poder predecir y tal vez dirigir o controlar el cambio de manera productiva (Nanda, 1996, p. 8).

Si hemos entendido hasta aquí el papel preponderante de la Antropología, hemos de reconocer ahora que es a partir del análisis de la Antropología cultural desde donde debemos leer los fenómenos de nuestra sociedad y de los roles que entre hombres y mujeres surgen en nuestra ciudad. De igual forma, al leer la ciudad debemos leer el pueblo del cual migramos a la urbe o la imagen de pueblo que poseemos. La ciudadanía también se construye reconociendo los orígenes de cada uno de los que habitamos un espacio en común. Partiendo de la teoría antropológica y teniendo muy en claro la pregunta por el hombre, nos toca ahora enfrentarnos a ese hombre, observarlo en su medio de desarrollo y develar aquello que está oculto en su cultura y en su relación con el medio y el espacio físico que habita.

Vernos en nuestro propio espejo y reconocernos en él

En la elaboración de teorías antropológicas es imposible, tanto por razones técnicas como éticas, crear experimentos controlados de laboratorio con seres humanos en sociedad. La ciencia del hombre entra a usar la diversidad natural y espontánea, a nuestra percepción, existente en las culturas humanas como un sustituto del fenómeno experimental controlado en laboratorio. Y en el trabajo de campo a partir de la observación participante se recoge información perentoria para plantear cualquier tipo de análisis sobre los grupos humanos. Se trata de conseguir información e intentar probar hipótesis. Aquí nos hemos instaurado en un enfoque naturalista que permite acceder al estudio de la conducta humana. Esto es lo que hemos escuchado como Etnografía. Es a partir de los relatos etnográficos como construimos y probamos las teorías antropológicas.

Debe entenderse por tanto que una lectura de los pueblos y ciudades, de las mujeres y los hombres, debe partir de buenos trabajos de campo, trabajos realizados en comunidades reales donde nos podamos observar y vernos a nosotros mismos. En realidad no se trata de ver al otro, se trata de comprenderme con el otro en el espacio relacional y de convivencia verídica y no simulada en un papel o en una teoría discutida en cátedras de madera, creadas únicamente para el discurso teórico. Desde abajo, desde la vivencia de lo cotidiano es desde donde debe construirse al hombre, al amigo, al compañero, al ciudadano y al habitante del mundo. Leyéndonos sabremos quiénes somos.

La lectura de nuestras sociedades nos permitirá una mirada que, aunque a pequeña escala, nos colocará frente a nuestro propio territorio y nos abrirá espacios de discusión propios. Si nuestros trabajos de investigación recorren palmo a palmo nuestras vivencias, lograremos obtener una fuente valiosa de datos sobre las interrelaciones de diferentes aspectos de la cultura y de la dinámica del cambio cultural, porque estas interrelaciones son más fáciles de captar en los sistemas culturales integrados.

Proponemos entonces, que antes de poder describir nuestros pueblos, nuestros barrios y nuestras ciudades intentemos un trabajo de campo real, un trabajo que implique la observación y la participación en la vida de la gente.

Sólo participando en la vida concreta y no simplemente teórica, lograremos una descripción de los datos que nos permitirá crear un cuadro coherente y auténtico, en lo posible, del sistema sociocultural de nuestros territorios y de todo aquello que connotamos y simbolizamos en ellos. Sólo viviendo con la gente, participando en sus actividades y viendo las cosas desde su punto de vista, es como podemos ver a la cultura como un sistema de patrones interrelacionados.

Una buena observación participante

No sólo se basa en la habilidad del trabajador de campo para ver las cosas desde el punto de vista de las otras personas; también está basada en la habilidad para ver patrones, relaciones y significados que puedan no ser entendidos conscientemente por una persona en esa cultura (Nanda, 1996, p. 8).

Nos hallamos aquí con uno de los problemas fundamentales de la observación etnográfica y de su método. ¿Cómo lograr que el antropólogo, que es un ser humano que estudia otros seres humanos, logre hacer un estudio completamente objetivo de la cultura? Parece que el investigador mismo es ya una fuente de prejuicio para el estudio de los grupos humanos. La Antropología ya ha hecho un intento por corregir esto. Los antropólogos están mirando más de cerca la vida de los hombres y de las mujeres, los científicos del hombre se están acercando al hombre mismo, se están sentado a su lado y lo están “sintiendo” desde su experiencia. Un nuevo modelo y método de estudio nos dará nuevas teorías. La conciencia de reconocernos pre-juiciosos nos acercará a los otros de tal forma que intentemos la posibilidad de aprendernos a nosotros mismos en nuestro propio espejo, así podremos dar no sólo una imagen más detallada de una sociedad en particular, sino teorías más útiles sobre las interrelaciones entre diferentes aspectos de la cultura.

Recalcamos: participar y observar son dos baluartes fundamentales para realizar un buen trabajo de campo.

Si queremos hablar de nuestras mujeres, de nuestros hombres, de nosotros mismos, de nuestros barrios y de nuestras ciudades, nos toca entonces observar, escuchar, preguntar e intentar vivir cada espacio y cada momento de la vida cotidiana de una sociedad. Hemos de observar los espacios de las “no actividades”, tales como perder el tiempo (como reivindicación del ocio que crea), ir al fútbol, ir a los bailes, estar en el sitio del “parche”, etc. De igual forma leer aquellos espacios de la “actividades” sociales de la ciudad, el estudiar, el culto, el trabajo, entre otras. Como observadores del universo humano nos tendremos que mudar a vivir en el cotidiano estar del mundo, allí donde hombres y mujeres comparten la palabra, el signo, la creación y el mundo.

Más que adoptar la posición de científicos del “saber humano”, nos toca convertirnos en pensadores del mundo, acceder a un tipo de conocimiento que está condicionado y basado en la cooperación y la confianza entre sujetos e investigador. Una larga, medida y reflexiva participación en las vidas de otras personas y en sus grupos sociales es necesaria para lograr un clima de confianza, que permita ver y develar lo oculto en el ser de las personas.

Sobre la base de la confianza mutua se deben desarrollar estrategias teóricas para entendernos. La participación y la observación obligan al inves-

tigador a crear estrategias éticas y académicas para poder comportarse frente a aquellos que le admiten rastrear teorías culturales.

La ciudad: espacios creados, imaginarios de esperanza

Después de haber intentado un recorrido por el mundo académico de la Antropología y de su método, adentrémonos ahora al espacio de lo humano que nos interesa para efectos de esta discusión: la ciudad y nuestro accionar en ella.

El espacio humano no es un contenedor indiferenciado, homogéneo, tampoco es una abstracción geométrica. Es diferente estar en el espacio aquí o allá: hay espacios buenos y espacios malos, espacios en donde se está bien y espacios en donde se está mal. La expresión «tener espacio» es frecuentemente usada en sentido metafórico, pero metáfora y sentido literal son muy cercanos, ya que el espacio del que dispone concretamente cada individuo, grupo, clase social, en una sociedad dada, mide su poder y riqueza, refleja su prestigio, su colocación en la jerarquía social. En sentido real, no sólo metafórico, tener espacio significa tener libertad, libertad de dirigir, de ser, de relacionarse y viceversa; precisamente en toda sociedad la privación de espacio es la correlación de una posición subalterna o marginal en el sistema social (García, 1995, p. 53).

Afirmamos entonces que la ciudad que empezamos a crear la fundamos en espacios que definen nuestra relación con otros seres humanos que también utilizan, usan, transitan, disfrutan y viven a plenitud cada lugar, que lo recorren y lo dominan. Es aquí donde debemos entender el territorio como un recurso de la vida humana. El espacio se convierte para cada uno de nosotros en un medio de supervivencia, un medio de reconocimiento y un medio de poder, pues en él se permite el crecimiento.

Pero también es un medio de riesgo. Cuando descubrimos un espacio como medio de conflicto debemos acudir a la seguridad del grupo, del colectivo, para apropiarse dicho lugar y convertirlo en “propio”, pues sólo siendo “posesión” podrá crear la seguridad de estar en él con aquellos que son de él. Pareciera entonces que el espacio nos muestra un camino de cohesión social del cual hemos escuchado hablar algunas veces. Podríamos pensar que en el



punto original de relación con los otros se da el nacimiento incipiente de lo que nos da la cohesión de grupo.

Al hablar de espacios en nuestra ciudad siempre aparecen las discusiones sobre una utilización óptima de estos. Pero para muchos de nosotros, que entendemos el espacio como un recurso de la vida de quien habita un territorio, esta optimización del espacio resulta muy incómoda, pues los criterios que admiten afirmar que un cierto lugar es usado correctamente son venidos desde los poderes social, religioso, político, entre otros; estos son criterios individualistas del poder con un evidente valor normativo, operativo y práctico, es como si estuviéramos individualizando y aislando algunas características constantes y determinantes de la condición humana.

Por ejemplo en la arquitectura y en el desarrollo urbanístico contemporáneo creyó poder individualizar una necesidad «dada» de espacio, logrando un uso racional del territorio mismo. Aquí la pregunta es ¿cuál es la necesidad y cuál el uso racional? Muchos de los espacios que hoy poseemos en nuestras ciudades y pueblos, que fueron construidos en el papel, no responden a una necesidad y muchos otros espacios no son usados racionalmente. ¿Sería acaso que se nos olvidó leer los espacios como espacios de diferenciación y espacios de subordinación?, en otras palabras, como lo afirmaba Balandier, espacios de cambio y espacios de conflicto. Es decir se nos olvidó leer una necesidad humana de diferenciación con el otro y una necesidad de poder frente al otro. Se trata de explicar espacios que se mueven en el devenir de los hombres mismos.

Malinowski demostró en sus investigaciones de campo, que son las relaciones sociales las que plasman las infinitas necesidades de los seres humanos y no las necesidades las que crean las relaciones sociales. Hasta donde la Antropología nos ha permitido explorar hemos logrado saber que las relaciones de poder parecen estar presentes y ser constitutivas de todos los sistemas sociales y culturales, y que el recurso de vida del espacio no es simplemente satisfacción de una necesidad, sino también una posibilidad de adquirir poder. En las condiciones planteadas por los seres humanos el control de un recurso se vuelve fuente de poder.

Como todo recurso, el espacio es fuente de poderes y las modalidades de control de su uso serán decisivas para hacer que ese recurso sea un instrumento

de subordinación o de liberación, de diferenciación o de igualdad. Como confirmación de esto se pueden observar dos hechos: en ninguna sociedad el uso del espacio se deja a la inmediatez y a la espontaneidad instintiva; al contrario, siempre está socialmente reglamentado y culturalmente definido (García, 1995, p. 56).

El espacio no es una racional satisfacción de una necesidad abstracta, sino de una realidad que hemos creado en la historia que transita en los espacios de nuestras ciudades. Ahora, nuestro espacio también ha sido manipulado culturalmente a partir de una ideología individualista y racional, colocándonos como artífices individuales de un mundo que se debe organizar coherentemente con nuestros propios deseos y necesidades. Es aquí donde debe nacer una propuesta educativa que deleve la forma y las modalidades de utilización del espacio, logrando leer los sitios de encuentro, que cada vez son más en nuestros barrios y ciudades.

Todos y cada uno de los que hemos podido recorrer nuestra ciudad, hemos descubierto que en nuestros barrios se crean unos conjuntos de espacios connotados y simbolizados, casi arbitrariamente, en cualquier nicho. Parece que allí se reelabora la vida y se hace presente la verdadera cohesión social de “gallada o parche”. Estos sitios de encuentro son el espacio del que disfruta un grupo social, allí se consigue la socialización de las jóvenes generaciones. Estos lugares siempre se hacen visibles, por eso son susceptibles de ser leídos e investigados.

En estos lugares se hacen vigentes las relaciones entre humanos y se culturaliza una sociedad. El espacio se convierte, para todos aquellos que lo viven, en una inmutable razón de ser, en el espacio se es reconocido, se entrelazan relaciones y se bebe de las fuentes del poder. En estos espacios es donde está nuestro material de investigación.

Es fundamental reconocer aquí y ahora, que en los espacios que presenciamos en nuestra ciudad existen las características anteriormente enumeradas, pero parece que una de las vertientes fundamentales del desarrollo de los hombres y de las sociedades, que trabajamos anteriormente está ausente en estos nichos. Allí prevalece la ausencia de un lenguaje que crea mundo y que permite unir y cohesionar. En esos individuos no hemos podido encontrar un lenguaje que actúe como un ente de poder, una recreación de mundo, que hace suyo su propio espacio. He aquí una variable de análisis muy importante en el momento



de pensar en “REINVENTAR” nuestra ciudad. Podríamos pensar que una elaboración de lenguaje nos permitiría relacionarnos con sujetos que habitan un espacio, una ciudad, y que se convierten en arquitectos de sí mismos.

Esta realidad ofrece a cada uno de los estudiosos del hombre y de sus relaciones en sociedad, motivos serios de reflexión y de investigación de notable importancia. El proceso de construcción del espacio de la vida es para la especie humana un proceso fundamental, radical en el sentido constitutivo de nuestras raíces. Con André Leroi Gourhan (1971), tenemos que entender que con el gesto señalamos el espacio y que la palabra nos permitió adueñarnos de este espacio que empezó siendo un mundo y terminó siendo un nicho, un hábitat o una morada. Ahora somos gesto y palabra, unidos para poder explicar el mundo.

Cuando pensamos nuestra ciudad la pensamos con individuos que viven del gesto y la palabra, pero el llamado que se hace aquí es a la reformulación de lo que es la palabra para nosotros hoy. Cualquier tipo de análisis de nuestros territorios no puede dejar de lado esta raíz del ser humano.

Cuando se plantea una reformulación del lenguaje, a lo que queremos hacer referencia es a cargar a los individuos de esta ciudad de lenguaje, de conocimiento real, no estadístico y normativo, de disfrute del ocio creativo, de cargar los espacios de temáticas de mundo, del mundo de nuestras generaciones, de recorrido por la historia de las mentalidades de nuestros antepasados. He aquí la tarea a emprender.

El espacio, sabemos todos, está determinado por el ambiente físico, además lo determina el tiempo como realidad. En el espacio se incorporan valores, es por eso que tenemos que estar en esos espacios, hay que ir allá, no tenemos que traer los individuos acá (a nuestro mundo), debemos permanecer en el mundo que los seres han construido, pues desde sus principios estructurales lograremos leer la diversidad de órdenes de la realidad allí construida. Desde el hombre y la mujer, en su espacio, crearemos y moldearemos el espacio de vivencia de nuestra ciudad. No olvidemos que el uso del lugar es instrumental y expresivo, tanto funcional como simbólico, cognoscitivo y emotivo al mismo tiempo; al interiorizar el orden espacial que su grupo de pertenencia ha construido históricamente, el individuo interioriza el orden social, y al mismo tiempo la estructura cognoscitiva y ética que ordenará su vida psíquica y corporal.

Apropiarse de un espacio requiere de conocimiento para poder vivir y actuar en él y cuando esta apropiación está acompañada de lenguaje parece que produce poder, esto es lo que en nuestros barrios llamamos líderes, aquí es donde se hace real la importancia de la conceptualización del mundo. Ahora, cuando esta apropiación se vuelve operativa es cuando empezamos a moldear culturalmente nuestra realidad, es decir, empezamos a integrarnos en el grupo social artífice de aquel proceso de modelamiento. Apropiación con conocimiento y lenguaje e integración al grupo social desde la cultura.

En nuestra ciudad entendimos que los espacios crean poder y hemos hecho espacios delimitados destinados a usos muy determinados y especializados que muestran el ejercicio de él y su legitimación. La creación de grandes espacios escenográficos, capaces de expresar, imponer y legitimar al mismo tiempo, un saber y su ideología: Parque de los Pies Descalzos, Parque de los Deseos, Parque Explora, Jardín Botánico, entre otros.

Como en un segundo plano, están los espacios institucionalizados donde la forma del espacio no es funcional, sólo en realidad guarda en su estructura la función de mostrar los hilos del poder que justifican el espacio como tal, por ejemplo, los parques bibliotecas, los parques lineales, el parque Juanes de la Paz, los colegios de nuestros barrios que han sido intervenidos, reconstruidos o construidos, los hospitales o centros de salud, las estaciones de policía, entre otros.

Pero hay un tercer espacio, ese al cual nos hemos referido constantemente en este escrito, el espacio del barrio que connotan niños, niñas, mujeres, hombres, jóvenes y ancianos, ese espacio no intervenido por el cemento, ese espacio repleto de historias de la vida cotidiana de seres humanos conocidos y reconocidos en el medio. Este espacio es el que podemos llamar con Michel Foucault (1986), espacios que representan la condición y el instrumento de un ejercicio capilar del poder.

Sabemos que en el primer caso se pretende orientar a toda una población, pero sólo en momentos especiales, festivos, celebrativos; en el segundo caso, porque pretenden modelar la totalidad de los comportamientos, de las ideas y de las técnicas del cuerpo, pero de sectores relativamente reducidos de la población global (jóvenes, militares, enfermos, ancianos, marginados, etc.) (García, 1995, p. 59).



Pero en el tercer caso son los individuos mismos quienes se orientan, es allí donde se viven los rituales, los actos festivos. Este es como el espacio independiente donde se tejen comportamientos que pueden estar ausentes de la legalidad y de la vida comunitaria, allí se tejen amores y desamores, guerras y penas, alegrías y venganzas. En este espacio de “poder capilar” se podría hacer realidad la autogestión para la vida de barrio y no la gestión de ilegalidad. Hay que leer este tercer espacio que es hoy, para nosotros y para nuestra ciudad, el espacio complicado del “no hacer nada” o del hacer mucho, pues este es el territorio donde su habitante se sobrepone al mundo, se enlaza a poderes y planea eliminarlos, crea divisiones, imagina las demoliciones de una ciudad que no siente suya, idealiza las uniones, fragua las separaciones, teje añadiduras válidas por siempre y para siempre, hace contactos y enlaces, da investiduras de poder, crea lenguajes, gestos y códigos. Aquí se realizan las intervenciones que el cuerpo continuo de la ciudad no le ha permitido, aquí adapta sus necesidades.

Nos llama la atención que los dos primeros espacios permanecen en el tiempo y en la estructura de la ciudad, como amoblamiento urbano, pero el tercer espacio es móvil, es un intangible social que no desaparece sino que se modifica con el paso de generaciones. Cada uno de nosotros podrá recordar aquel sitio donde nos juntábamos con los vecinos y si hoy acudimos a él podremos recordar con nostalgia que allí planeamos parte de nuestra vida y que hoy, no se sabe por qué, nadie apetece utilizar. El hombre elige espacios que se convierten en espacios y ya. Abandonamos aquellos sitios cuando la industrialización y el capitalismo dominan el ciclo del ocio e imponen la concepción de lo productivo. Se separan, y parece que para siempre, los lugares del trabajo y los lugares del habitar; ya separados, se nubla para nosotros el tiempo en el cual ese sitio modeló nuestra próxima experiencia de mundo y de ciudad. Olvidamos el sitio de la libertad y nos adentramos en la jaula configurada rígidamente por un afuera que posee mayor poder que nosotros y que para colmo parece invisible. Es aquí donde nuestros recorridos se vuelven obligatorios y el disfrute pasa de soslayo frente a la rutinaria vida de ciudad.

El presente ensayo propone ver nuestros espacios y poder identificar en ellos lo que realmente vivimos, hablar desde el espacio real, combinando nuestra experiencia de vida y la teoría sobre el hombre y su territorio en el barrio, la ciudad y el espacio propio de los que éramos en medio de todos los

que querían ser. Nuestra historia parece que hubiese sido siempre la historia de un malestar social transformado y transferido, pero jamás resuelto. No. Tuvimos alguna vez una historia desarrollada en un espacio donde el poder estuvo cercano a nosotros y donde por instantes eternos, que hoy aún recordamos, fuimos felices.

Para que no suene muy romántica esta verdad de la felicidad, nos toca sustentar dónde nació ésta. Esta felicidad nace en lo que se esconde detrás de lo experimentado. Cuando nos sentimos socialmente reconocidos como competentes, en un determinado ámbito, “competente en el verdadero sentido de la palabra, es decir, socialmente reconocido como habilitado para ocuparse de determinadas cuestiones», «a expresar una opinión al respecto, hasta modificar la marcha” (Bourdieu, 1983, p. 402).

La hipótesis que se sostiene aquí es el modo radicalmente diverso de concebir y valorar la casa, el barrio, el espacio; quizá la ciudad y por qué no el mundo que se propone desde los espacios íntimos del individuo.

Para el hombre su casa, su edificio, su urbanización están frente a sí objetivamente, es estática. Pero al mismo tiempo es un espacio interior donde se mueve y el mundo se mueve con él. Es su espacio y lo puede modificar y transformar a su gusto. No es simplemente un espacio geométrico que descansa en un plano y está inscrito en una oficina de instrumentos públicos que lo legitima frente a una escritura y a una oficina de planeación municipal. La casa es, mejor, para cada uno de nosotros una dimensión existencial que se experimenta en voces, olores, ruidos, sabores entre otras vivencias, que llegan a la conciencia y permanecen en la memoria. La casa es percibida por la mente, antes de todo y a menudo exclusivamente en términos fenomenológicos. Sencillamente el espacio aunque concreto será siempre para nosotros abstracto. Es verdad que el hombre necesita un espacio reconocible, concreto y ordenado pero lo que cada uno de nosotros recuerda de la vivienda donde ha vivido es el espacio connotado y simbolizado por cada uno de los habitantes de esa morada. La casa se convierte para cada uno de nosotros en un espacio diferenciado en su interior respecto a otras casas. Es aquí donde este espacio se convierte en mi hogar.

Casas y casas conforman mi barrio, mujeres y hombres vivimos allí

Otro de los conceptos que hemos creado surge como un juicio en la convivencia, ese juicio de vivir bien, de estar cómodo. De habitar en un barrio “bien”. Nos aproximamos a rastrear una cualidad estética que sólo la podremos comprender desde el habitante y morador de un barrio. Esta cualidad surge como la apropiación de este espacio desde el carácter funcional que respeta las finalidades de las construcciones mismas.

El barrio se convierte en un espacio de relación y re-conocimiento y no sólo en un área funcional. Las necesidades y las respuestas a éstas, son identificables y son muy variadas, pero en realidad ambas se convierten en esenciales en el trato que se establece entre sujetos que viven en el mismo barrio.

Para muchos de los estudiosos de la ciudad, e inclusive para muchos de sus administradores, la construcción de la ciudad se hace en términos absolutamente funcionales y frente a una necesidad una solución. Para el habitante del barrio la valoración de lo construido se hace más en términos relacionales. Para los primeros la ciudad se ve más en representaciones de sector y abandonan la concepción del tiempo histórico, mientras que los segundos entienden su espacio desde la diacronía y la contextualización.

Podríamos decir que el barrio es una aglomeración de seres humanos que eligieron un territorio pegado o cercano a una ciudad y fundaron allí de nuevo, su patria. Allí hicieron génesis las estructuras internas y externas de convivencia, que se desarrollaron por obra del tiempo, convirtiéndose en historia. El barrio es el área donde se satisfacen y expresan las primeras aspiraciones de la vida en común, de la vida con otros. Por eso la historia de barrio pesa en los individuos y en nuestras ciudades y la estamos dejando perder. La recuperación de esta historia de barrio podría reforzar el poder del lenguaje que se ha de fortalecer en el nicho que cada generación construye. El primer hábitat y la primera memoria social.

La comprensión de la identidad barrial es uno de los caminos para acertar en el compromiso de los ciudadanos por una cultura de la convivencia pacífica. Se convierte en reto demostrar que la ciudad se desborda en un ima-

ginario de comunidad, servicio, solidaridad, apoyo, respeto a las diferencias, inclusión, desarrollo y paz.

Referencias

- Bourdieu, P. (1983). *Capital cultural, escuela y espacio social*. Argentina: Siglo XXI Editores.
- García, Néstor. (1995). *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*. México: Grijalbo.
- Leroi, André. (1971). *El gesto y la palabra*. Caracas: Universidad central de Venezuela.
- Mead, Margaret. (2006). *Sexo y temperamento en tres sociedades primitivas* (1ª. Ed.). Barcelona: Ediciones Paidós.
- Montoya, Jairo. (2003). *Geografías y topologías del pensamiento. El lenguaje, una lectura-escritura de (l) mundo*. Medellín: Secretaría de Educación para la Cultura de Antioquia.
- Nanda, Serena. (1996). *Antropología cultural. Adaptaciones socio culturales*. New York: Grupo Editorial Ibero América.

